



# AL OTRO LADO DE LA PARED

Por Maurizio di Mauro

PELITO GANADON

Si me esfuerzo en hacer memoria, podría decirse que todo empezó aquella noche llena de niebla. La calle estaba cubierta de un manto espeso, como una crisálida, o un huevo que fuera a eclosionar de pronto. Debían de ser las cinco o las seis de la mañana, qué sé yo. Eduardo dormía a mi lado boca abajo, tenía la mano sobre mi muslo. Yo estaba despierta. No podía dormir. Escuchaba cómo lloraba la niña de la casa nueva al otro lado de la pared. Incluso creo que pegué la oreja al papel pintado del dormitorio y puse toda mi atención. Fue muy extraño oír a aquella niña sin cara, el modo en que pedía ayuda en la oscuridad. Algo empezaba a cambiar las cosas por aquellos días.

Hacía poco, unos chicos vestidos de azul habían empezado a montar cajas enormes y embalajes de plástico tupido en el ascensor de nuestro edificio. Algunos vecinos se habían quejado porque estorbaban, golpeando la puerta de la

casa donde iban a vivir ellas dos, y marchándose después sin esperar. Si tengo que ser sincera, lo cierto es que no sé lo que me pasó con aquella mujer, su madre. Ésa es la verdad. Ella era nuestra nueva vecina, la de la piel blanca y las uñas ligeramente puntiagudas, y seguramente no habiéramos pensado en visitar su casa si ella no hubiera insistido en conocernos mejor. Pero aquella tarde nos invitó a entrar, y aceptamos.

—Hasta ahora vivíamos en Dessa —explicó—, pero nos hemos cansado. Pensamos que nos vendría bien cambiar un poco.

Estaba encantada de conocernos; fue lo que añadió estrechándome la mano. Después entornó la puerta, y, tras entrar en el hall, manoseó un poco las llaves de la casa antes de dejarlas en un recipiente de yogur que había sobre uno de los estantes. Casi las arrojó ahí dentro. Sin ningún cuidado. Entonces nos hizo pasar a Eduardo y a mí a su salón, con esos ademanes de enfermera cariñosa.

—Pasad, estáis en vuestra casa. Estoy convencida de que os gustará el café.

Y se fue a buscar unas tazas a alguna parte.

Eduardo se había sentado en uno de los apoyaderos del sofá y creo que observaba la habitación con interés: las paredes desnudas, sin cuadros, las plantas con las bolsas por encima, la cuna blanca. Incluso había un sofá y varios armatostes

enormes embalados con papel de burbujas. Y, bueno, también estaba el sonajero de la niña, colgando como una paloma muerta en el techo de la cuna. De pronto, mientras oía el sonido de las tazas sacadas de las cajas de cartón —casi toda la casa debía estar llena de ellas— escuché al bebé. Hacía *gaga*, pero era extraño porque apenas se la oía. Y sin embargo algo tenía en la voz que hizo que los pelos del brazo se me erizaran. Ése fue el momento. Creo que algo dentro de mí me decía que no debía acercarme, de ningún modo, pero de todos modos lo hice. Observé a la niña: debía tener como seis meses, quizá menos, y era igual de blanca que su madre. Ahora emitía su *gaga*, con esa risa de azúcar, y se abrazaba a una muñeca gorda y morena. Lo que hacía era apartarle la cabeza con sus dedos en forma de lápiz y pegar la cara a su cuello. Sus ojillos de ovejita me miraban, lentos, azules. Eso hacían. Eran del mismo color que los míos. Y qué sé yo si me decía *gaga, gaga*, sólo a mí, o me lo estaba imaginando. *Gaga*, mirándome, y su cuerpo y especialmente su boca se tensaban. No sé por qué me apeteció cogerla, echármela sobre los hombros. *Gaga... Gaga...* Sentía su aliento leve tan cerca. Mezclándose con el mío, como si fuéramos una.

Cuando la mujer vino con las tazas se apresuró a quitármela de las manos. Dijo que era su hora de comer, que por eso estaba nerviosa.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Victoria —dijo—. Como yo.

Podía haber dicho que era un bonito nombre, aunque no lo hice. Ella comentó que la niña tenía su piel, pero no sus ojos. Dijo que no sabía de quién podían ser, y la verdad es que eso me pareció estúpido: de alguien tenía que tener los ojos. De pronto, Eduardo y ella se pusieron a hablar animadamente, sorbieron poco a poco el café, echaron sus respectivas cucharadas de azúcar. Pero yo ni siquiera probé mi taza. Me dediqué exclusivamente a mirar la cuna. Recuerdo cómo no podía apartar los ojos.

Me preguntaba cuánto tardaría ese lugar en tener un aspecto agradable. Había cajas de cartón por todos sitios. Estaban por el pasillo, en islas rígidas; se podía tropezar con ellas fácilmente. Había más junto a los muebles vacíos, o sujetando algunas puertas, aquí y allá. La casa entera parecía necesitar una mano cálida que la adecentara. Era más bien un sitio lleno de aire helado, con todos esos muebles envueltos en papel de burbujas, muy brillantes, similares a icebergs suspendidos en la nada.

—¿Puedo usar el baño? —le pedí, un rato después.

—Claro —dijo—, está al fondo del pasillo. Justo al lado de la puerta.

Al llegar allí, me paré a escucharlos: sus risas, su falta de atención. Miré el recipiente de yogur sobre la repisa, a punto de caerse al suelo. Durante un segundo me detuve a pensar en

lo que iba a hacer. Fue entonces cuando cogí las llaves con cuidado y me las guardé en un bolsillo. Eso hice. No puedo explicarlo, pero supongo que un impulso repentino me llevó a necesitar tener aquellas llaves entre los dedos. Después pasé a su baño, que tenía un aroma a polvos de talco y algún tipo de planta familiar, como lavanda o algo así. Estuve un buen rato sentada en la taza, sin moverme, con las manos sobre la cara. No tenía ni idea de qué podía producir aquella sensación, pero de todos modos dolía: las manos me temblaban, notaba la garganta rígida. Era como estar ahogándose lentamente. Ella había estado allí. Ya lo había hecho.

Sin saber por qué, empecé a observar los juguetes: había un pato de goma naranja, dos esponjas todavía húmedas con forma de castor y una botella de aceite para niños. Era algo que me resultaba familiar y lejano al mismo tiempo. Ni siquiera recuerdo por qué necesité tocarlos con mis manos: acariciar la cabeza de ojos vidriosos de aquel pato, y oler el aceite aspirando tan fuerte como podía. Incluso dejé que algo de líquido de la esponja se escurriera por entre mis dedos.

Nadie se acercó a preguntarme si estaba bien.

En aquel momento, decidí que volvería a su lado y les ofrecería alguna excusa tonta sobre mi tardanza. Allí, recuerdo que los escuché vagamente, sin demasiado interés: cómo hablaban de los inviernos de la ciudad, de las tardes tranquilas y blandas del vecindario, de una parte extraña del ático que se

llenaba, durante la noche, del ruido de alas de palomas batiendo en la oscuridad, y no sé cuánto tiempo después me encontré mirando otra vez el sonajero y la cuna. La niña estaba inquieta, podía notarlo. Creo que estaba mirándome también. Los ojos azules le brillaban intensamente. Más que nunca.

Al rato, estábamos en el descansillo, diciéndonos adiós. Eduardo le besaba en el pómulos, demorándose. Sé cuando alguien le cac bien. La verdad es que no podía reprochárselo.

—Tienes una niña preciosa —le dije yo, aunque le estreché la mano. Tuve que tomar aire para hacerlo.

—Gracias —respondió ella.

Después debió de sentirse incómoda o algo parecido. Miró a izquierda y derecha, respiró hondo y se metió en su casa sin estrenar. Eso fue todo. Nos quedamos en silencio. Creo que Eduardo me miraba como esas veces en las que va a decir algo pero no sabe si debe.

—¿Pasa algo? —me preguntó—. Te he visto un poco ausente.

—Tonterías, cariño. ¿Qué iba a pasarme? —Y añadí—: Esta chica es encantadora, ¿verdad?

—¿No habrás vuelto a pensar en eso? —preguntó—. Ya sabes que nosotros no podemos, de ningún modo. Entiendo que te resulte duro, pero lo hemos hablado un millón de veces. Ahora volvamos a casa, anda; te prepararé algo caliente.

—Adelántate —le dije—. Yo iré en unos minutos.

Eduardo no dijo nada más; se metió en nuestra casa y dejó la puerta entornada. Pensé que sólo podía hacer una cosa antes de volver. Ellas estaban dentro, en su casa nueva, ese lugar vacío, rodeadas de todas aquellas cosas sin estrenar. Yo sabía que no podía quedarme así, esperando que algo sucediera, de modo que eché un vistazo por su mirilla: todo estaba deformado, como a través de un cristal húmedo, o sólo era yo, quizás. Podía deberse a cualquier cosa. Vi los sofás, las cajas sin abrir, y al fondo, la cuna. Aquella cuna que brillaba, como otro iceberg. Y mientras lo hacía sólo podía respirar hondo, despacio, sintiendo esa calma inexplicable.

Acariciar las llaves de aquella mujer en mi bolsillo.

En eso consistía todo.